

Walter Tevis

Gambito de dama



Desde su primera publicación en 1983, esta novela se convirtió en un libro de culto para ajedrecistas en particular y amantes de la gran novela americana en general.

Beth Harmon, la protagonista, es huérfana, solitaria, polioxicómana, competitiva, frágil, genial. Una Mozart del ajedrez cuya inteligencia le brinda tantos éxitos como problemas.

Esta novela, adictiva, trepidante, y con una tensión que no decae en cada partida, en cada viaje, en cada momento de abandono de la protagonista, que siempre oscila entre el éxito y el abismo, se quedará en el corazón de los lectores. Y les servirá además como introducción al mundo del ajedrez, que, como Beth Harmon, parece tranquilo y accesible, pero contiene debajo todo un volcán de pasiones y peligros.

Para Eleanora

Para que las torres sean quemadas
y los hombres recuerden ese rostro,
muévete lo más suavemente posible, si moverte debes
en este solitario lugar.

Ella piensa, en parte mujer, tres partes niña,
que nadie la mira; sus pies
ensayan un paso de baile
aprendido en la calle.

*Como una mosca de largas patas sobre el río
su mente se mueve en el silencio.*

W. B. YEATS, «Mosca de largas patas»

Nota del autor

El soberbio ajedrez de los grandes maestros Robert Fischer, Boris Spassky y Anatoly Karpov ha sido fuente de placer para jugadores como yo mismo durante años. Sin embargo, como *Gambito de dama* es una obra de ficción, me pareció prudente omitirlos del reparto de personajes, aunque solo fuera para evitar contradicciones en lo que se cuenta.

Me gustaría expresar mi agradecimiento a Joe Ancrile, Fairfield Hoban y Stuart Morden, todos excelentes jugadores, que me ayudaron con libros, revistas y reglas de torneos. Y tuve suerte de contar con la afectuosa y diligente ayuda del maestro nacional Bruce Pandolfini, que leyó las galeradas del texto y me ayudó a librarme de errores referidos al juego que practica tan envidiablemente bien.

Uno

Beth se enteró de la muerte de su madre por una mujer que llevaba un portapapeles. Al día siguiente su foto apareció en el *Herald-Leader*. La fotografía, tomada en el porche de la casa gris de Maplewood Drive, mostraba a Beth con un sencillo vestido de algodón. Incluso entonces, se la veía claramente poco agraciada. El pie de la foto decía: «Huér-fana tras la colisión de ayer en New Circle Road, Elizabeth Harmon se enfrenta a un futuro problemático. Elizabeth, de ocho años, se quedó sin familia tras el accidente, donde murieron dos personas y resultaron heridas otras. Sola en casa en ese momento, Elizabeth se enteró del accidente poco antes de que se tomara la foto. Las autoridades dicen que será bien atendida».

En el Hogar Methuen de Mount Sterling, Kentucky, Beth recibía tranquilizantes dos veces al día. Igual que todos los otros niños, para «aliviar su carácter». El carácter de Beth era bueno, pero se alegraba de recibir la pequeña píldora. Aflojaba algo profundo en su estómago y la ayudaba a soportar las tensas horas en el orfanato.

El señor Fergusson les daba las píldoras en un vasito de plástico. Junto con la verde que aliviaba su carácter, había otras naranjas y marrones para crecer fuerte. Los niños tenían que ponerse en fila para recibirlos.

La niña más alta era la negra, Jolene. Tenía doce años. El segundo día Beth estaba con ella en la cola de las vitaminas y Jolene se volvió a mirarla con el ceño fruncido.

—¿Eres huérfana de verdad o bastarda?

Beth no supo qué decir. Estaba asustada. Estaban al final de la cola, y se suponía que tenía que esperar allí hasta que llegara a la ventana donde se hallaba el señor Fergusen. Beth había oído a su madre llamar bastardo a su padre, pero no sabía qué significaba.

—¿Cómo te llamas, niña? —preguntó Jolene.

—Beth.

—¿Tu madre está muerta? ¿Y tu padre?

Beth se la quedó mirando. Las palabras «madre» y «muerta» eran insoportables. Quiso huir, pero no había ningún sitio adonde hacerlo.

—Tus padres —dijo Jolene con un tono que no carecía de compasión—, ¿están muertos?

Beth no pudo encontrar nada que decir o hacer. Permaneció aterrorizada en la cola, esperando las píldoras.

—¡Sois todas unas chupapollas ansiosas!

Era Ralph en el pabellón de los chicos quien gritaba eso. Ella lo oyó porque estaba en la biblioteca, donde había una ventana que daba a ese pabellón. No tenía ninguna imagen mental para «chupapollas» y la palabra era extraña. Pero sabía por el sonido que le lavarían la boca con jabón. Se lo habían hecho a ella por decir «joder», aunque su madre decía «joder» todo el tiempo.

El barbero la hizo sentarse absolutamente quieta en la silla.

—Si te mueves, puedes perder una oreja.

No había nada jovial en su voz. Beth permaneció lo más quieta que pudo, pero era imposible permanecer completamente inmóvil. Tardó mucho tiempo en cortarle el pelo y darle el flequillo que llevaban todas. Trató de entretenerse pensando en aquella palabra, «chupapollas». Lo único que

podía imaginar era un pájaro, como el pájaro carpintero. Pero le parecía que no era eso.

El bedel era más gordo por un lado que por el otro. Se llamaba Shaibel. Señor Shaibel. Un día enviaron a Beth al sótano a limpiar los borradores golpeándolos entre sí, y se lo encontró sentado en un taburete de metal cerca de la caldera contemplando con el ceño fruncido un tablero de damas de cuadros blancos y verdes que tenía delante. Pero donde deberían estar las damas había figuritas de plástico de formas curiosas. Algunas eran más grandes que otras. Había más de las pequeñas que de las demás. El bedel alzó la cabeza y la miró. Ella se marchó en silencio.

El viernes, todo el mundo comía pescado, fuera católico o no. Venía cortado en cuadritos, empanado con una corteza oscura, marrón y seca con densa salsa de naranja, como aderezo francés embotellado. La salsa era dulce y terrible, pero el pescado que había debajo era aún peor. El sabor casi la hacía vomitar. Pero había que comérselo todo, o la señora Deardorff se enteraría y no te adoptaría nadie.

Algunos niños eran adoptados inmediatamente. Una niña de seis años llamada Alice vino un mes después que Beth y la adoptó a las tres semanas una pareja de aspecto agradable y acento raro. Atravesaron el pabellón el día que vinieron a por Alice. Beth quiso echarse en sus brazos porque le parecieron felices, pero se dio la vuelta cuando la miraron. Había otros niños que llevaban allí mucho tiempo y sabían que no saldrían nunca. Los llamaban «perpetuos». Beth se preguntaba si lo sería ella.

La gimnasia era mala, y el voleibol era lo peor. Beth nunca podía darle bien a la pelota. La golpeaba ferozmente o la empujaba con los dedos tiesos. Una vez se lastimó tanto el dedo que se le hinchó después. La mayoría de las ni-

ñas se reían y gritaban cuando jugaban, pero Beth no lo hacía nunca.

Jolene era la mejor jugadora con diferencia. No solo porque era mayor y más alta, sino porque siempre sabía exactamente lo que había que hacer, y cuando la pelota pasaba alta por encima de la red, se colocaba debajo sin tener que gritarles a las demás que se apartaran, y entonces saltaba y la golpeaba con un largo y suave movimiento del brazo. El equipo que tenía a Jolene ganaba siempre.

La semana después de que Beth se lastimara el dedo, Jolene la detuvo cuando terminó la gimnasia y las demás corrían hacia las duchas.

—Déjame que te enseñe una cosa —dijo Jolene. Alzó las manos con los largos dedos abiertos y levemente flexionados—. Hazlo así.

Dobló los codos y empujó las manos hacia arriba suavemente, envolviendo una pelota imaginaria.

—Inténtalo.

Beth lo intentó, torpemente al principio. Jolene le hizo una nueva demostración, riendo. Beth lo intentó unas cuantas veces más y mejoró. Luego Jolene agarró la pelota e hizo que Beth la capturara con las yemas de los dedos. Después de unas cuantas veces, fue fácil.

—Ahora trabaja en eso, ¿me oyes? —dijo Jolene, y corrió a las duchas.

Beth practicó durante una semana, y después dejó de importarle el voleibol. No mejoró, pero ya no era algo que temiera.

Todos los martes, la señorita Graham, después de aritmética, enviaba a Beth abajo con los borradores. Era considerado un privilegio, y Beth era la mejor estudiante de la clase, aunque era la más pequeña. No le gustaba el sótano. Olía rancio, y el señor Shaibel le daba miedo. Pero quería saber más sobre aquel juego que jugaba solo en aquel ta-

blero. Un día se acercó y se detuvo a su lado, esperando que moviera una pieza. La que estaba tocando era la de la cabeza de caballo en un pedestal. Un segundo después él la miró con gesto irritado.

—¿Qué quieres, niña? —dijo.

Normalmente ella huía de cualquier encuentro humano, sobre todo con los adultos, pero esta vez no retrocedió.

—¿Cómo se llama ese juego? —preguntó.

Él la miró.

—Deberías estar arriba con las demás.

Ella lo miró a la cara. Había algo en este hombre y en la firmeza con la que jugaba a este misterioso juego que la ayudó a aferrarse a lo que quería.

—No quiero estar con las demás —respondió—. Quiero saber a qué está jugando.

Él la miró con más atención. Luego se encogió de hombros.

—Se llama ajedrez.

Una bombilla pelada colgaba de un cable negro entre el señor Shaibel y la caldera. Beth tenía cuidado de no permitir que la sombra de su cabeza cayera sobre el tablero. Era domingo por la mañana. Tenían clase de catequesis arriba en la biblioteca, y ella había levantado la mano para ir al cuarto de baño y luego bajó aquí. Llevaba de pie mirando al bedel jugar al ajedrez diez minutos. Ninguno de los dos había hablado, pero él parecía aceptar su presencia.

El bedel miraba las piezas durante minutos seguidos, inmóvil, observándolas como si las odiara, y luego extendía la mano, tomaba una por la parte superior con las yemas de los dedos, la sostenía un instante como si fuera un ratón muerto por la cola y la colocaba en otra casilla. No miró a Beth en ningún momento.

Beth seguía de pie con la sombra negra de su cabeza sobre el suelo de hormigón a sus pies y miraba el tablero,

sin apartar los ojos de él, observando cada movimiento.

Había aprendido a guardar los tranquilizantes para la noche. Así la ayudaban a dormir. Se metía la píldora oblonga en la boca cuando el señor Fergusen se la entregaba, se la colocaba debajo de la lengua, daba un sorbo al zumo de naranja de lata que venía con la píldora, tragaba, y cuando el señor Fergusen pasaba al niño siguiente, se sacaba la píldora de la boca y se la metía en el bolsillo de la blusa de marinerito. La píldora tenía una cobertura sólida y no se ablandaba en el tiempo que la tenía bajo la lengua.

Durante los dos primeros meses durmió muy poco. Lo intentaba, allí tendida con los ojos cerrados. Pero escuchaba a las niñas de las otras camas toser o darse la vuelta o murmurar, o el bedel del turno de noche recorría el pasillo y su sombra cruzaba su cama y ella la veía, incluso con los ojos cerrados. Sonaba un teléfono lejano, o descargaba una cisterna. Pero lo peor de todo era cuando oía voces hablar en el despacho al fondo del pasillo. No importaba lo bajito que hablara el bedel a la encargada nocturna, no importaba lo suavemente que lo hiciera, Beth se encontraba de pronto tensa y completamente despierta. El estómago se le contraía, la boca le sabía a vinagre, y el sueño quedaba descartado por esa noche.

Ahora se acurrucaba en la cama, permitiéndose sentir la tensión en su estómago con un escalofrío de emoción, sabiendo que pronto la dejaría. Esperaba allí en la oscuridad, sola, observándose, esperando que el torbellino en su interior llegara a su culmen. Entonces se tragaba las dos píldoras y permanecía acostada hasta que la tranquilidad empezaba a extenderse por su cuerpo como las olas de un mar cálido.

—¿Quiere enseñarme?

El señor Shaibel no dijo nada, ni siquiera reconoció la pregunta con un movimiento de cabeza. A lo lejos, unas voces cantaban «Bringing in the Sheaves».

Ella esperó unos minutos. Casi se le quebró la voz con el esfuerzo de hablar, pero fue capaz de hacerlo, de todas formas:

—Quiero aprender a jugar al ajedrez.

El señor Shaibel extendió una mano regordeta hacia una de las piezas negras más grandes, la tomó con destreza por la cabeza y la colocó en una casilla al otro lado del tablero. Retiró la mano y se cruzó de brazos. Siguió sin mirar a Beth.

—No juego con desconocidos.

La voz átona tuvo el efecto de una bofetada en la cara. Beth se dio media vuelta y se marchó. Subió las escaleras con un regusto amargo en la boca.

—No soy una desconocida —le dijo dos días más tarde—. Vivo aquí.

Detrás de su cabeza una pequeña polilla revoloteaba en torno a la bombilla pelada, y su pálida sombra cruzaba el tablero a intervalos regulares.

—Puede usted enseñarme. Ya sé algo, de mirar.

—Las niñas no juegan al ajedrez —la voz del señor Shaibel no mostraba ninguna emoción.

Ella hizo acopio de valor y dio un paso adelante, señalando, pero sin tocar, una de las piezas cilíndricas que ya había etiquetado como un cañón en su imaginación.

—Esta se mueve de arriba abajo y adelante y atrás. Todo recto, si hay espacio para moverse.

El señor Shaibel guardó silencio durante un rato. Luego señaló la pieza que parecía tener un limón cortado encima.

—¿Y esta?

El corazón le dio un brinco.

—En diagonal.

Podías ir guardando píldoras tomándote solo una por la noche y quedándote con la otra. Beth guardaba las de sobra en la funda de su cepillo de dientes, donde no miraría nadie. Solo tenía que acordarse de secar el cepillo con papel higiénico después de usarlo, o no usarlo y lavarse los dientes con el dedo. Esa noche tomó por primera vez tres píldoras, una tras otra. Sintió un pinchacito en los pelos de la nuca: había descubierto algo importante. Dejó que la sensación se extendiera por todo su cuerpo, tendida en la cama con su ajado pijama azul en el peor sitio del pabellón femenino, cerca de la puerta del pasillo y frente al cuarto de baño. Había resuelto algo en su vida: conocía las piezas de ajedrez y cómo se movían y capturaban, y sabía cómo conseguir sentirse bien del estómago y de la tensión de las articulaciones de los brazos y las piernas, con las píldoras que le daban en el orfanato.

—De acuerdo, niña —dijo el señor Shaibel—. Podemos jugar al ajedrez. Yo llevo las blancas.

Ella tenía los borradores. Era después de aritmética, y geografía empezaba dentro de diez minutos.

—No tengo mucho tiempo —contestó. Había aprendido todos los movimientos el domingo anterior, durante la hora que catequesis le permitía pasar en el sótano. Nadie la echaba de menos en la capilla, mientras que firmara, debido al grupo de niñas que venían de la ciudad. Pero geografía era diferente. Le aterraba el señor Schell, aunque era de las mejores de la clase.

La voz del bedel carecía de emoción.

—Ahora o nunca —dijo.

—Tengo geografía...

—Ahora o nunca.

Ella se lo pensó solo un segundo antes de decidir. Había visto una vieja caja de leche tras la caldera. La arrastró hasta el otro extremo del tablero, se sentó y dijo:

—Mueva.

La derrotó con lo que ella descubriría más tarde que se llamaba el mate del pastor, después de solo cuatro movimientos. Fue rápido, pero no lo bastante rápido para impedir que llegara quince minutos tarde a geografía. Dijo que había estado en el cuarto de baño.

El señor Schell estaba de pie ante su escritorio con las manos en las caderas. Pasó la vista por toda la clase.

—¿Alguna de ustedes, señoritas, ha visto a esta joven en el servicio?

Hubo risitas tímidas. Nadie levantó la mano, ni siquiera Jolene, aunque Beth había mentido por ella dos veces.

—¿Y cuántas de ustedes han estado en el servicio antes de clase?

Hubo más risas y tres manos levantadas.

—¿Y alguna de ustedes vio a Beth allí? ¿Lavándose sus bonitas manos, tal vez?

No hubo respuesta. El señor Schell se volvió hacia la pizarra, donde había estado escribiendo la lista de exportaciones de Argentina, y añadió la palabra «plata». Durante un instante Beth pensó que ya se había acabado. Pero entonces habló, de espaldas a la clase.

—Cinco deméritos —dijo.

Con diez deméritos te golpeaban en el trasero con una correa de cuero. Beth había sentido aquella correa solo en su imaginación, pero su imaginación se expandió durante un momento con una visión de dolor como fuego en las partes blandas de su cuerpo. Se llevó una mano al corazón y sintió en el fondo del bolsillo de su blusa la píldora de esa mañana. El temor se redujo notablemente. Visualizó la funda de su cepillo de dientes, el largo contenedor rectangular de plástico. Tenía cuatro píldoras más allí dentro, en el cajón de la mesilla de metal junto a la cama.

Esa noche se tumbó en la cama. Todavía no tenía la píldora en la mano. Escuchó los ruidos nocturnos y advirtió cómo parecían hacerse más fuertes a medida que sus ojos

se acostumbraban a la oscuridad. Al fondo del pasillo el señor Byrne empezó a hablar con la señora Holland, junto a la mesa. El cuerpo de Beth se tensó ante el sonido. Parpadeó y miró el oscuro techo y se obligó a ver el tablero con sus casillas blancas y verdes. Luego puso cada pieza en su casilla: torre, caballo, alfil, reina, rey, y la fila de peones delante. Entonces movió el peón del rey blanco hasta la cuarta fila. Subió el negro. ¡Podía hacerlo! Era sencillo. Continuó, comenzando a repasar la partida que había perdido.

Llevó el caballo del señor Shaibel a la tercera fila. Lo vio claramente en su mente, sobre el tablero verde y blanco del techo del pabellón.

Los ruidos ya se habían difuminado en un blanco y armonioso sonido de fondo. Beth yació feliz en la cama, jugando al ajedrez.

Al domingo siguiente bloqueó el mate del pastor con el caballo de su rey. Había repasado mentalmente el juego cien veces, hasta que purgó la furia y la humillación, dejando las piezas y el tablero despejados en su visión nocturna. Cuando fue a jugar con el señor Shaibel el domingo, todo estaba resuelto, y movió el caballo como en un sueño. Le encantaba el tacto de la pieza, la diminuta cabeza de caballo en su mano. Cuando la depositó en la casilla, el bedel frunció el ceño. Tomó a su reina por la cabeza y le hizo jaque al rey de Beth con ella. Pero Beth estaba preparada también para eso: lo había visto en la cama la noche anterior.

Él tardó catorce movimientos en atrapar a su reina. Ella trató de seguir jugando, sin reina, ignorar la pérdida mortal, pero él extendió la mano y le impidió que tocara el peón que iba a mover.

—Ahora te retiras —dijo. Su voz era áspera.

—¿Retirarme?

—Así es, niña. Cuando se pierde así la reina, te retiras.